

La novafada.

Las escenas de este verídico relato tienen lugar en cierto respetable colegio de religiosas dominicas, donde reciben enseñanza muchas educandas que sólo dan tregua á sus tareas los domingos. ¡Buena fuera que no se observase el descanso dominical en un colegio de dominicas!...

Entre las niñas que allí se instruyen bajo la férula de ilustradas y rígidas monjas francesas, hay algunas de la "epidermis de Satanás" (vulgo "piel del diablo"), y de éstas, unas pertenecen á la privilegiada clase de mosquitas muertas, y otras al gremio de revoltosas sin hipócritas atenuaciones.

Un grupo correspondiente á esta última especie, compuesto de señoritas graciosas, vivarachas, un tanto atrevidas y dotadas de esa simpatía que inspiran las criaturas inge-

niosamente revoltosas, habíase impuesto la obligación de inventar y llevar á cabo diversas novatadas á beneficio de las cándidas niñas que ingresaban en el establecimiento.

No hace muchos meses tocó en suerte á la hija de un amigo mío entrar en el aludido colegio francés, y la infeliz no se libró de la novatada correspondiente, que me refirió el padre y que, por lo chusca, merece ser publicada.

Hay que advertir que no sólo aquellas buenas madres enseñan en francés, sino que obligan á las educandas á que todo lo hablen en el idioma de Dreyfus, logrando así que las niñas se enseñen la lengua unas á otras, y nada pueden pedir á las profesoras en español, pues de seguro así no lo consiguen.

La niña de mi amigo entró en el establecimiento sin saber una palabra de francés, y el grupo de revoltosas, so pretexto de aleccionarla en las prácticas escolares, se apoderaron de ella con el indino propósito de hacerla víctima de la barrabasada de moda á la sazón y reirse grandemente á costa de la infeliz.

Y aquí viene la novatada. Una de las educandas más talludas y más traviesas, cogió

por su cuenta á la nueva compañera y la dijo con fingido aire de misterio:

—Mira, las profesoras de este colegio son muy raras y muy severas, hasta el punto de que no permiten á las niñas salir á evacuar necesidad alguna más que los sábados.

La nueva educanda quedó asombrada de tan cruel disposición, y por si su consejera no se hallaba bien informada, consultó secretamente el caso con otra muchacha del mismo grupo que la primera.

—Para que te convenzas de que no te engañamos—la dijo la interpelada,—hoy mismo, cuando estemos en clase, pide permiso á la profesora para salir á... á eso. Por supuesto, en francés.

—¿Y cómo, si yo todavía no entiendo una palabra?

—Pues así, fijate bien: "*Madame, voulez-vous me changer les billets par les recompenses?*"

La inocente niña escuchó con gran atención estas palabras; las aprendió como un papagayo de instrucción primaria, y pocas horas después, en plena clase de geografía, rodeada de sus menos piadosas compañeras, que aguardaban el momento para gozar con

los apuros de su víctima, ésta se decidió á formular ante la profesora la petición consabida.

Pero no fué por la curiosidad de conocer el resultado, sino porque real y efectivamente la urgía de un modo desesperado lograr el permiso que solicitaba.

—*Madame!*—exclamó desencajada y livida—*¿voulez vous me changer les billets par les recompenses?* (1).

—*N'est pas possible, mademoiselle*—respondió secamente la profesora.—*N'est pas possible jusqu'au samedi, qui est le jour designé pour faire celá.*

Con lágrimas en los ojos suplicó á la monja, terminada la clase, que la tradujese aquella respuesta; y compadecida la profesora, la dijo, haciendo con ella singularísima excepción:

—He contestado á la pregunta de usted que no es posible acceder á su petición hasta el sábado, que es el día designado para hacer eso.

—¿Y no cabe apelación?

(1) Señora, ¿quiere usted cambiarme los vales por premios?

—¡Oh, no! De ningún modo podemos hacer caso de la impaciencia de usted, verdaderamente extraña.

La pobre chica vió con asombro confirmada la observación de sus diabólicas compañeras, que rieron á carcajadas los naturales y terribles apuros de la nueva educanda, á la que por fin desengañaron, por no dar á la novatada caracteres más crueles. Enseñaronla inmediatamente á pedir lo que quería con las palabras propias del caso, y no tardó la infeliz en quedar completamente tranquila.

Nada más he vuelto á saber respecto á las novatadas del famoso colegio. Lo que sí me consta es que hoy la niña de mi amigo, deseosa de tomarse la revancha, figura en el grupo de las educandas más revoltosas.

La enseñanza del canto.

I

“Querida prima Ruperta: Me han dicho que has reanudado tus lecciones de canto y me apresuro á felicitarte por ello. Yo llevo un mes de lección y estoy loquita de contenta. Claro es que tú, metida en el pueblo, no podrás lucirte como yo; pero podrás hacer rabiar á las hijas del juez, que cuando cantan parece que bostezan y cuando bostezan parece que cantan; podrás darte tono cuando te visiten las de Mamey, que van diciendo por esos pueblos de Dios que alcanzaron grandes triunfos en la Ópera y que aún se atreverían con un *Trovador* ó con un *Barbero*.

Sobre todo, querida prima, supongo que

al dar lección de canto gozarás como yo gozo con el profesor que me lo enseña.

¡Si vieras qué guapo es mi maestro!...

Su voz es la de un ángel de la cuerda de barítonos; da por arriba el sol con pasmosa facilidad, y por abajo ¡no puedes imaginarte hasta dónde llega!...

La hora de la lección es verdaderamente deliciosa.

Se sienta al piano el maestro; yo me coloco muy cerquita de él, y poco les falta á mis cuerdas vocales para saltar de gusto.

Me obliga todos los días á emitir bien la voz, y no sabes con qué facilidad me la quita de la cabeza para colocármela en el pecho.

—Hay que dar expresión á esto—me dice. Hay que dar expresión á esto otro—me repite... Y me paso una hora dando expresiones.

Así transcurre el tiempo dulcemente y así crece mi lindo repertorio. Ya me sé de memoria *Las caricias del Edén*, unas guajiras dedicadas á La Cierva y los trozos más salientes de *Fausto*... En fin, es tanto lo que avanzo en mis estudios, que ya, no sólo domino la voz, sino que domino también al maestro, y eso que es tan celoso que muchos días me hace trinar.

Verdad es que á veces trina él por culpa mía, porque no puede hacerme tomar el sol. Y así pasamos las horas destinadas á la música, entre los rigores y las pérdidas del compás.

De esto que á mí me sucedé deduzco lo que gozarás tú, y espero que me des cuenta de tus adelantos indudables. ¿Verdad, querida Ruperta, que el aprender el canto es una delicia?

No te digo más. Escíbeme pronto con pormenores de tu aprendizaje y recibe un sonoro beso de esta pequeña Pascua que desea poder oír sus gorgoritos.

BLANCA."

"Querida prima Blanca: Cada cual habla de la feria según le va en ella, y tú en tus referencias me das una envidia formidable.

¿Conque es delicioso aprender el canto? ¡Qué ha de ser! Tú deseas que llegue el momento de dar la lección y para mí es un tormento espantoso.

¡Reconfucio con el canto!... ¿Sabes quién me lo enseña á mí? El sacristán de una capilla que hay frente á mi casa; el tío más feo y

más gruñón que una se ha podido echar encima. En fin, un viejo que es padre de seis hijos como seis mochuelos y de una asma que no se puede lamer. ¿Te parece bonito? Y dicen que tiene mucho de artista; pero á mí me parece que el infeliz tiene muy poco.

Su genio es insoportable. Si me equivoco en alguna fermata me tira de las orejas y si me como una nota me deja sin comer de lo demás.

Consecuencia de esto, querida Blanca, es que las hijas del boticario se ríen de mí y que la viuda de Mamey, recordando sus triunfos de cuando era operaria (como ella dice) ó explotaba la ópera, siempre me echa en cara la clase de música que yo aprendo, toda ella compuesta de letanías y gozos á tal ó cual santo. Y es la verdad; cuando pensaba aprender algo de *Cavallería rusticana* dijo el profesor que mi voz no era á propósito para *Cavallería*, y cuando proyectaba enredarme con el *Barbero* me dijo que ni el *Barbero* ni *El mozo crúo* ni *El Rey que rabió* se habían hecho para mí.

¡Bello repertorio el mío!... Una plegaria á las once mil vírgenes, que me da once mil patadas; un himno á la Virtud, que es lo que

más me revienta; unos gozos á las llagas de San Francisco (no recuerdo si de Asís ó de California) y la romanza del *Paje moribundo*, obra tan triste que una misa de *requiem* comparada con ella parecía una matchicha loca...

¡Y emplea el tal maestro unos vocabios tan anticuados!... En lugar de decir que toca el piano, dice que lo *tañe*. Yo no sé si *tañeré* los resultados de la enseñanza; lo indudable es que vivo *tañendo* el cielo con las manos.

¿Ves, amada prima, cómo por fuerza tenemos que apreciar el arte de distinto modo?

Y aparte de esas lecciones que esperas con tanto afán, tú cantarás ante personas distinguidas, que te tocarán las palmas en un ambiente aristocrático y mundano. En cambio, á mí no hay quien me las toque, ni puedo hacerme oír más que de los santos de la capilla (que no suelen conmoverse ni tanto así con los gozos que les dedico); de la familia del alcalde, compuesta de imbéciles, y de algún *diletantti* rústico que me suelta flores por este estilo:—¡Bravo, muchacha! ¡Cuando así aullas de día cómo roncarás de noche, rechufra!

En fin, afortunada Blanca, saca todo lo que puedas de lo que te enseña tu galante profesor, y ten compasión de tu desesperada prima

RUPERTA."

Exposición de pintores.

Recibí un aviso muy *Urgell* de mi antiguo amigo *Federico García Rodríguez*, que tenía dos hermanos *Abades*; otro, *Marín* mercante, y otro que era *Regidor* ó *Alcaide* de *Bilbao*; y aunque yo estaba molesto con una *Arija* en un ojo, fui á verle en un coche *Simonet* de la próxima *Parada*.

Vivía el hombre en un *Hermoso Alcázar* rodeado de *Huertas*, cerca de la *Rivera* del *Jordán*. En medio de un soto, que era el *Sotomayor* de la comarca, se encontraba mi *Hidalgo* amigo disfrutando de un *Florit* vergel, *Aguado* por *Regoyos* cristalinos y haciendo varios *García Ramos* de rosas, hasta que se llegó de *Ramos Artal* y lo dejó.

Recibióme al pie de un *Murillo* cubierto

de *Rosales* trepadores, entre un *Saez* llorón y un ciruelo *Claudio Coello*, y así me dijo:

—Precisamente *Villegas* á tiempo.

—¿Te dispones á comer al aire libre en esta *Villahermosa* donde el pulmón se *Sancha*?

—Sí, chico. Todos los días *Meifren* un par de huevos, y después me dan un *Chicharro* con aceite y *Viniestra*, un plato de *Perea*, alguna que otra *Pradilla* de Alcoy, tal cual *Brieva* y una fuente de *Gessa* de Aranjuez, aunque ya está *Machuca*. ¿Quieres un poco?

—No, porque tendría que tomar *Busato* de magnesia. Más agradecería que me diesen agua de *Benlliure*, porque me voy á *Muriel* de sed.

Y para que yo no me *Morera*, llamó mi amigo á una robusta moza que llevaba su *Españoleto* de seda del *Pueyo* y la mandó servirme agua en un pequeño *Boticelli*. Por supuesto, que yo me hubiera bebido tres *Cubells*.

—¡Qué *Checa* tan *Moya* tienes!—dije á mi *Amérigo*.—¡Si dá *Goya* verla!

Comprendí que el corazón de *García* no era de *Peña* para la moza, porque la miró con ojos de *Garnelo* degollado.

—¿Está de luto?—le pregunté.

—Sí: ha mandado su vestido al *Tintoreto*; porque el *Domingo* vió *Morelli* á una hermana que, aunque era fuerte como un *Robledano*, saltando á la *Comba* se *Pascó* por la mitad el *Pinazo*... y *Felezió*.

—¿Pobrecilla! ... Y di, ¿por qué no te *Casas*?

—Pues... ¡*Velazquez*! como dicen en *Valladolid*.

—Tú eres un hombre *Riquer*, siempre con el *Graner* atestado; y *Teniers* tanto dinero, labrarías la *Fortuny* de la moza.

—Es que ni yo sirvo para *Casado del Alisal*, porque estaría siempre en *Jadraque*, ni mi chica quiere vivir *Unceta* al *Sarto* yugo.

—Eso ya *Varela*!

—Nos hemos cerrado á la *Banda* y...

—De todos modos tienes mucho camino *Andrade*.

—Lo que hago yo es darle *Vargas* al asunto.

—Pues tu *Cabello*, que te solías *Gomar* cuando era *Bermejo*, ya va estando *Alonso Cano*.

—Y, además, empiezan á dolerme las ti-

bias y los *Veronés*. Sin embargo, te *Alberti* que *Lengo* en Madrid otra novia.

—¡*Corregio!* ¿Y qué tal *Haés?*

—Sus vecinos te dirán que es buena persona. Pero no *Apeles* al testimonio del *Taberner* de la *Espina*, ni al *Moreno Carbonero* de enfrente, el que tiene el rostro siempre *Ticiano*. Lo cierto es que ella me engañó con un *Francés* muy elegante; un verdadero *Lardhy*, ó mejor dicho, *Vandik*.

—Lo creo. Porque el que más *Mir* menos ve.

—Pues escucha: el *Domínguez* por la tarde me apeé de un coche á la gran *Alvarez Dumont* en la puerta de su *Casanova*. Me *Mencía* el deseo de vengarme de su infamia. Pasé á la *Sala*. Allí, la infiel, después de haber llenado el *Padró* y de haber tocado una *Cutanda* de valeses, hallábase cantando una *Balaca*: porque tiene un *Picolo* que parece el de un *Rusiñol*.

—¿Y ese *Beructe* que te hace el oso?— la pregunté.

—¡*Maffei* de reir!—me dijo ella poniéndose *Mélida*.—Esas son *Llaneces*. Mejor dicho, eso es hablarme en *Greco*.

—¿Y qué quieres que *Zuloaga?*—añadí. Yo no sé hablar de otra *Masriera*.

—Veo que sigues con ese carácter tan *Raurich*.

—Lo que no quiero es seguir siendo un *Palmaroli*; y esto *Xaudaró* para siempre.

Y sin más explicaciones, cogí una *Cilla* y se la estampé en la cabeza, estropeándola aquel cabello tan *Rubens* y aquel cutis tan *Blanco Coris*. El trance fué poco *Durero*, porque al instante salí escapado. Sí; no quise perderme. ¡Quién se *Méndez Bringa* de sangre por una cosa tan *Mezquita!*...

—¡*Benedito* sea Dios!—exclamé. —En fin, chico, *Amalio* tiempo buena cara; por de pronto, te *Godoy* la enhorabuena.

Cuando regresé, *Lucena* en el firmamento una *Luna* muy clara; cantaba un *Gayo*, haciendo ¡*Gari!*; un paleta, un sobrino del *Verdugo* de mi chica, se hallaba *Jiménez Aranda* sus tierras, que olían á *Romero de Torres*, y llevándome á la *Medina Vera* de una *Oliva*, me dijo:

—¿Sabe usted *Luque* le digo? Que mi prima es pa mí; y *Poy* á reventarle á usted, porque hay cosas que á uno le *Avendaño*.

—¿Reventarme? ¿No lo *Ferrant* los cie-

los!—dije yo. Y recé á *Santa María*, á *Santana* y á *Saint Aubin*. Pero de nada me sirvió; porque aquel *Hispaleta* (que, por cierto, era muy *Campuzano*) me agredió, dándome un bofetón que hizo ¡*Plá!* y un golpe tal en la *Mucha*, que por poco me *Mota*, mientras decía á otros mozos que *Esteban* allí:

—Cogedle y *Zubiurre* de lo lindo...

Así lo hicieron, y caí *Arredondo*, haciendo ¡*Blay!* contra el suelo. ¡Ya ves lo que me *Paisa*...

—¿Y han prendido al *Agrasot*?

—Sí; aunque quiso salir de *Nájera*, no pudo hacerlo *Porset* un poco *Bertodano*; así es que lo consiguieron *Villar* en un *Alco-verro*, y pronto le *Zurbarán* la pandereta.

.....

Esto me habló mi amigo, poniéndome a cabeza como una *Sorolla* de grillos. Ahora dime *Tur*, amable lector, si con lo referido no habría bastantes elementos (algunos *Degrain* valía) para formar una copiosa exposición de pintores.

Ramón por Don Funeral.

El amigo se había llevado á mi mejor mundo al otro Señor, y un sagrado descanso me obligaba á rezar por su eterno deber.

El funeral de Don sábado se celebró en la mañana de Santa parroquia el Ramón pasado por la Bárbara, según anuncia la una viuda mortuoria que me mandó su desconsolada esquila doña Socorro.

Después de ponerme las botas en las garfas, las narices sobre los pies y el sombrero de cabeza sobre la copa, bajé la portera de caracol, saludé á la hija de la escalera y me dirigí vestido de templo al funeral donde iba el negro á cantarse.

¡Qué admirable vista de lugar presentaba el sagrado golpe!

En la tumba central, una severa nave con beatas de oro, que era la admiración de las franjas; dos largas filas de asistentes, forrados de bayeta para los bancos; cien sillones ardiendo alrededor de la presidencia: siete cirios de terciopelo para que se sentara la tumba; los sacristanes colgados y con borlas; todos los arcos encendiendo sus instrumentos y los músicos en el coro templando las arañas...

Yo fui de los nuestros en llegar; recé seis padres primeros por el alma del banco, y esperé sentado en un difunto á que comenzase á sonar la viuda desde el coro. La orquesta del muerto, mostrando un asiento sin límites, tomó valor junto al presbiterio. La iglesia se llenó de cantos, la clerecía entonó los amigos propios del fúnebre invitatorio y allí nos ejecutaron un acto de Eslava, que oímos, así como toda la boca, con la vigilia abierta.

A la izquierda del Arroyo estaban las señoritas de túmulo; la esposa de Betúnez, recién llegada de las hijas de Sobrón, con sus dos aguas mayores; las vecinas de Sánchez, que fueron durante un año hijas de don cariño y le habían tomado mucho Ra-

món; la Mula del Diputado por señora; la bella Oliva del doctor, tan tía carnal como siempre, y las distinguidas lágrimas del general Ruiz, que no cesaron de arrojar sobriñas por los ojos.

Al otro lado de la saca, estaba Purita López, que tumba novios en todas partes; ia mujer de familia con su Palomino en masa, y otra porción de pálidas, que, á la luz de las demasiado señoras, me parecieron hachas de cuatro pábilos.

El sexo de pie se hallaba feo en medio de la representación y en él tenían su parroquia todas las orejas sociales. ¡Cómo aguzábamos las clases para oír aquellos majestuosos tan salmos! Se nos caía la orquesta escuchando aquella baba tan brillante.

—¡Vaya un convidado!—dije al barítono que se hallaba á mi abrigo con un lado gris.

—¿Y qué me dice usted del caballero?—me dijo otro negro que estaba de bajo.

.....

Fué cantada la misa, sin más cura de *requiem* que un incidente que el pobre prefacio saltó al cantar el gallo y que hizo dibujarse una leve cara en el presidente de la sonrisa del duelo.

Peró al llegar al público, cuando todo el responso estaba pobre recordando al conmovido difunto, la locura de éste no se pudo contener, y en un ataque de viuda comenzó á exclamar con su Bárbara chillona que repercutía en la voz de Santa cúpula.

—¡Ramón! ¡Ramón!... Surge de los brazos de esa tumba y vuela al Socorro de tu regazo, que te espera con los paños abiertos!

No bien la evocación hubo hecho semejante viuda, un túmulo de Angora salió huyendo del fondo del gato y con todo el espectáculo erizado ante el fúnebre rabo que tenía delante, ¡cataplún! empujó á un cura encendido, y en menos que se santigua un cirio loco, éste cayó con gran reclinatorio sobre el estrépito de la viuda de Don Ramón, que, al ver sus llamas devoradas por las faldas, comenzó á lanzar asistentes horribles ante el asombro de los alaridos.

Nos arrojamos sobre aquella intención con la señora más sana, é impedimos que saliera del sagrado tostón hecha un lugar.

Excusado es decir á aquellas bóvedas lo que ocurrió debajo de ustedes. Todo fué confusión, gritos, blandones que se desmayaban, mujeres que se apagaban al caer,

bancos que huían, invitados con las patas desencoladas...

En fin, yo, con el piso de que me tirasen contra el miedo y me aplastasen la Braganza, me planté en la calle de Doña Bárbara de cabeza, lamentando que el fin de mi pobre funeral tuviera un amigo tan desastroso.

Por supuesto, que la casa de Don Ramón á cuya viuda subí después, todavía sigue creyendo que el corazón de la tumba era el propio marido de su gato. ¡Pobrecita!

Indudablemente había perdido el dolor con la fuerza del seso. ¡Y lo peor es que yo, contagiado por aquella razón, noto que también se me ha extraviado la señora!

Cosa inútil y curiosa.

A Pablo Parellada.

Sabrás, amigo *Melitón*, que Rufa Perejil, la cocinera que tiene el honor de saltarme los riñones y freirme los sesos, recibió hace pocos días una carta de su hermana de leche Pura, la que es jueza municipal de Valdecalostros, anunciándola su próximo alumbramiento y rogándola que, para cuando llegue el caso de bautizar á lo que nazca, le remita una lista de nombres escogidos, á fin de aplicar uno de ellos á la criatura.

Todo esto, como ves, ofrece poco de particular. Cualquiera mortal, sean los que fueren sus ideales políticos, puede tener fuera de sí, vamos, ausente de su lado, una hermana Pura capaz de multiplicarse, y asimismo está muy en lo posible que la tal pida nombres para aplicar después al recién nacido el que le dé la real gana.

Lo que sí ofrece positiva particularidad, y por eso te lo cuento, es la forma que la reina de mi fogón ha tenido de enviar ayer á su hermanita de Valdecalostros los cuarenta y cuatro nombres que se le ocurrieron, forma extraña únicamente debida á la defectuosa manera de escribir que usa la condenada Rufa para comunicarse con sus semejantes y con los militares sin graduación.

—¿Quieres que yo te escriba esos nombres?—la pregunté, guiado del mejor deseo.

—No se moleste usted, señorito—me contestó,—porque yo misma los he escrito ya.

—¡Ah! ¿Luego no eres analfabeta?

—No, señor; soy murciana.

—¿Conoces la ortografía?

—Aquí apenas conozco á nadie.

—Pues si quieres que yo te ponga los puntos...

—¡Ca! ¡No faltaría más!...

—Bueno, mujer. Vaya el escrito como quieras. ¿Y qué nombres son los que envías?—seguí preguntando á la Rufa.

—Léalos usted en este papel, señorito—me respondió, extrayéndose del seno una hoja doblada y casi humeante.—Cuarenta y cuatro van justicos y cabales.

Pasé mi vista corta, pero honrada, por el papelito, y ví que éste decía lo siguiente:

"BARTOLO ME DARIA PA CARRO. SACARLO SIN ESCAROLA. BLASONO FRESAL O ME LEO NORMA CARIAJORGEVIT. AL GALOPE PAGA VINO I SIDRA, SI MONTO MAS MONICACOS ME CRUZO AL VER TOMAR TINTA DE OJO SECURRO. NI COME DESMIGUE LA DEL APIO NI CASI ORO QUEDA NI EL DOLOR ES GAS. PARAMOS EN GRACIA IR EN EL INODORO TE AMARGA. RITA."

.....

Al pronto me pareció esto una disparatada sarta de incongruencias ininteligible é inaguantable. Es más, creí que la Rufa se había equivocado de papel al enseñármelo. Pero tanto insistió en asegurarme que aquello era la verdadera lista grande de los cuarenta y cuatro nombres elegidos que lo leí detenidamente y ví que, en efecto, tenía razón la mujer.

Y en uso de mi perfecto derecho, ¡oh! *Melitón* amigo! lo pongo en tu conocimiento como cosa curiosa, aunque inútil, deseándote al propio tiempo cabal salud y excelente humor.

El termómetro despreciado.

CUADRO PRIMERO

(Gabinete lujosamente amueblado. Entre los muebles, un brasero de bronce del tiempo de Nerón; una chimenea del Renacimiento cargado de cok de la Edad Media; un calorífero eléctrico de los últimos tiempos de Sagasta, y una chouberski que debe de ser anarquista, porque está echando bombas. Sobre la chimenea hay un termómetro precioso, adosado á una artística columna de jaspe, la cual sostiene un grupo histórico representando á Juana de Arco en el momento de dar el biberón á Sócrates. La elevada temperatura del gabinete tiene al termómetro en situación violentísima, pues el mercurio no en-

cuenta grados bastantes que marcar, y amenaza escaparse por arriba. Un señor inmensamente rico, envuelto en pieles de sus antepasados (dicho sea sin agraviarles), y sentado en una butaca, mantiene en su fuerza los elementos de calefacción, y no quita ojo al termómetro.)

—¡Parece mentira—exclama tiritando—que á esto lo llamen un horno mis criados y mis amigos!. Todo está ardiendo al parecer, y sin embargo yo creo que los carbones son témpanos, que en el fondo de la chimenea está helando y que el mercurio del termómetro, compitiendo con los generales á fuerza de escalar grados y más grados, me está engañando miserablemente y se está burlando de mí! ... Sin duda no hay fuego bastante para contrarrestar los escalofríos de mi conciencia ni para suplir el calor bendito que hoy me niegan mis seres amados... ¡Solo, frío, inerte... y las brasas cada vez más rojas y el mercurio cada vez más alto!... ¡No, termómetro infame! ¡Basta de sarcasmo!... Ahora vas á ver lo que debe hacerse con todo el que engaña como tú...

(El señor de las pieles y de los tiritones abre el próximo balcón, donde hasta el bur-

lete parece que, haciendo honor al nombre, se burla de su amo, y éste, agarrando con furia el termómetro, lo arroja á la calle... y no revienta á ningún transeunte por favor especial de la divina Providencia, que tiene la bondad de estar al quite...

El termómetro baja considerablemente.)

CUADRO SEGUNDO

(Guardilla humildísima, pero decente. Una cómoda de nogal, un catre de hierro y cuatro sillas de paja. Machaquito y San Pantaleón pegados á la pared con galletas en mediano uso. Encima de la cómoda, dos floreros de Sevres, una caja de sobres, varias fotografías y una bombonera con píldoras, corchetes, tachuelas y sellos usados. Descollando entre estos cachivaches, un magnífico termómetro adosado á una columna de jaspe, la cual sostiene un grupo histórico que representa á Juana de Arco dando el biberón á Sócrates. La columna está hecha pedazos, pero el tubo se conserva incólume. La peana del grupo ha perdido los pies, y Sócrates ha

perdido la cabeza. En el modesto recinto hace tal frío, que al mercurio del termómetro le falta poco para besar el tablero de la cómoda.

Un simpático peón de albañil conversa con la peona consorte junto á la ventana. La nieve "cae por fuera".)

ELLA. ¡Mira que si ese chirimbolo te pesca debajo!.....

EL. No nos vuelves á ver ni á mí ni al jornal.

ELLA. ¡Qué horror!... ¿Y para qué sirve eso?

EL. ¿El termómetro? Para indicarte si tienes calor ó si tienes frío, por si tú no has caído en ello.

ELLA. ¡Valiente pamplina!.....¿Para qué quiero yo más termómetro que tú? Sólo siento frío cuando no estás á mi lado.

EL. A mí me pasa lo mismo. Mientras me miro en esos ojos con que parece que me sorbes el alma, se me olvida que está helando dentro de la guardilla. Aquí no hay más calor que el de nuestro cariño.

ELLA. ¿Pero es verdad que me quieres tanto?

EL. ¡Que si te quiero!... Dime: ¿no has oído hablar del "loco de la guardilla?" Pues ese soy yo, que estoy loco por ti, ¡vida mía!

(El mercurio marca cero. El peón y su mujer, más sofocados cada vez, miran con desprecio el termómetro, y convencido éste de que es inútil en todas partes, pierde la razón, da un estallido y cesa de regir para in æternum.)